

ROBERTO
FONTANARROSA

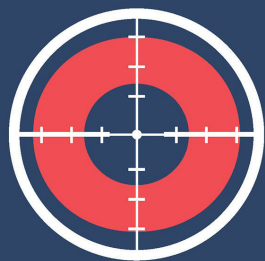
F  N

T A N

BEST SELLER

A R R

NOVELA



S A

booket

Roberto Fontanarrosa

Best Seller



Capítulo I

La trompa del aparato se elevó suavemente y la máquina recobró su altitud normal. Seller balanceó entonces el calibrador, inyectó unas pulgadas adicionales de gas al estanque de compresión y con un movimiento mecánico y casi aburrido obturó la perilla de la toma de aire posterior. Se reclinó luego sobre el asiento anatómico contemplando a través del opalino vidrio tensado de la cabina el cielo pulido y negro de la noche. El Nineveeh, un reactor monoplaza, ágil y potente, fabricado en Siria con capitales y tecnología del Chaad, sobrevolaba el desierto de Muroran. Seller había dejado atrás la cadena montañosa de Mesa Sicayari y en cinco minutos estaría seguramente sobre el abra del Ilesha, sobre el fértil valle de Ganem, y los plantíos de almendros y alcaparras que las tribus kurdas diseminaban en las riberas del sucio río mesopotámico.

A pesar de que la noche era clara, las espesas nubes que encabritaban al Nineveeh impedían a Seller contemplar al menos el reflejo de la luna sobre el estuario. Por otra parte, descender hasta los cuatro mil metros para observar el paisaje largamente conocido implicaba arriesgarse a algún fastidioso encuentro con los Mirage israelíes, odiosos incursores de la zona. Por lo tanto Seller verificó el Control Automático de vuelo, dio un vistazo a la complicada relojería de su tablero y reclinándose en su asiento se abocó a la tarea de seleccionar su cassette preferido de música. Lo

introdujo en el magazine y luego, quitándose los guantes forrados con piel de cabra, encendió un cigarrillo.

Era un cigarro largo y perfumado, envuelto en papel negro mate, que cualquier conocedor hubiese identificado fácilmente como el tabaco que los contramaestres de los centros de computación de Impacto saben gustar en sus horas libres a bordo de los cruceros portamisiles soviéticos. La música, la clásica y rítmica música siria, el picante regusto del tabaco, la tenue luz rojiza que teñía la carlinga desde el altímetro indicador del nivel de parafina, y la irreal claridad de la noche, sumieron a Seller en el recuerdo. Su nariz aguilena de caprichosa curva pareció aguzarse, sus penetrantes ojos oscuros se entrecerraron y todo su rostro tomó la cruda expresión de un cernícalo. Frente a él volvía a corporizarse el clima mórbido y sensual del café Vadodara, en las afueras de Casablanca.

No había mucha gente aquella noche, el espeso y húmedo calor de la tarde del domingo permanecía aún aferrado a las paredes blancuzcas y sólo algunos jóvenes ostensiblemente nórdicos y sucios se aventuraban en los primeros frescos de la oscuridad. Seller llegó como siempre, a eso de las nueve, tras ducharse y refrescarse en la refrigerada habitación del Hilton. Había jugado “ternets” esa tarde y su humor no era de los mejores. Por tres veces había fallado al scrich y había terminado rompiendo su mejor palo. Para colmo el Coronel consiguió dos jewels consecutivos y aún sentía su estúpida risa de falsa modestia. Tras bañarse, Seller se vistió con su traje blanco de pana hindú levemente estriado por filamentos y nervaduras, eligió una corbata de seda en tonos carminados y prendió los puños de su camisa con los gemelos que le regalara Jean Claude Bourges en Marsella. Eran unas pequeñas figuritas de oro, que al ensamblarse a través de los orificios del puño, conformaban una pose indiscretamente pornográfica. Aquellos gemelos

tenían la particularidad de levantar el ánimo a Seller y por otra parte, perturbaban notoriamente a las mujeres que pudiesen acercarse desaprensivamente al sirio.

Cuando llegó al Vadodara, Seller sintió el impacto del dulzón aroma al nagish. El nagish es una espesa bebida egipcia, dulzona y pesada, que se obtiene aligerando la miel común de abejas con ron, acetona y naccardé. Se bebe apenas tibia y los hombres de negocios de Beirut suelen acompañarla con saladas galletitas de lino. Seller se sentó a una de las mesas alejadas de la pista, en la penumbra. Aún no había comenzado el show y sólo el monótono compás de un pequeño tamburo alteraba el silencio del local. Pidió un gin corto con sake y lo bebió a pequeños tragos con los ojos perdidos en la oscuridad del escenario. Recién comenzaba a relajarse.

—¿Cómo estás, Best? —el hombre se había sentado a su lado con los silenciosos movimientos de una serpiente acuática.

—¡Ernie! No te hacía acá —se sorprendió Seller comprendiendo que instintivamente había llevado su mano derecha hacia la sobaquera donde portaba la liviana y bien aceitada M-52.

—Llegamos ayer por la tarde.

—¿Tomas algo? ¿Cómo les fue?

—De eso quería hablarte Najdt. Te está esperando.

—¿Cómo sabía que vendría? No lo hago siempre.

—Él lo sabía.

Los dos hombres se levantaron y eludiendo mesas desocupadas cruzaron el salón. Salieron por una puerta contigua a la barra, que comunicaba con el pasillo donde se encontraban los baños, el sauna, y el depósito atiborrado de cajones de cerveza y licores. Seller siguió a Ernie que bajó por una estrecha escalera. Un intenso olor a orín de gato abofeteó al sirio. Se detuvieron frente a una sólida puerta

de madera oscura sin picaportes ni agarraderas visibles. Ernie oprimió un timbre. Se escuchó un chasquido, un sonido muelle como el de una filmadora rodando y un clack final. En algún lugar del iluminado pasillo atisbaba el ojo de una cámara. La puerta se abrió y Ernie hizo pasar a Seller. El búnker de Najdt era amplio y refrigerado. Había poca luz y Seller adivinó bajo sus pies la mórbida condescendencia de una alfombra. La punta de su botín derecho exploró la superficie y detectó pequeños nuditos de doble lazo, típicos de la más ancestral tejeduría palestina. Tal vez lo del enlace con Arafat fuese cierto, después de todo. El escritorio de Najdt estaba en el centro de la habitación, iluminado por el cono de luz de un spot cenital y todo el resto del ámbito era oscuridad. La lejana música del piso superior se había apagado tras la puerta al irse Ernie y sólo se escuchaba débilmente el girar de un extractor de aire. Najdt, sentado frente al escritorio, no apartaba la vista de las pequeñas cartas de “mulashe”, un complicado juego solitario turco que se practica con una o más bazas. La maciza cabeza del libanés brillaba bajo la luz, Najdt siempre transpiraba copiosamente aun en los lugares frescos y esa particularidad asqueaba un poco a Seller.

De todos modos, venciendo esa natural repugnancia, el sirio se sentó en el sillón vacío frente a Najdt, que no levantó la vista. Seller pensó incluso que no lo había oído. Tenía, además, la inquietante sensación de que en el salón había otra persona. Tal vez junto a las pesadas cortinas de fieltro que apenas se adivinaban al fondo. Quizá detrás de él mismo, en la oscuridad densa a la que aún sus ojos habituados a las luminosas laderas de los montes Marayani no se habituaban. Frente a él, Najdt, sin levantar la vista, contrajo los músculos de su rostro fofo, como si alguna contrariedad trabase su juego de naipes o como si hubiese sufrido una ligera molestia física. Los ojos de Seller se entrecerraron.

Recordó las cosas que le habían contado sobre los hábitos lujuriosos de Najdt. Sus gustos por los placeres sensuales. Por los delgados muchachitos cobrizos, magros y fibrosos, de enormes ojos afiebrados que podían encontrarse a montones conduciendo las recuas de mulas hacia los mercados de Bir el Gar. Seller consideró seriamente, entonces, que bajo el amplio escritorio del libanés, hubiese alguien.

—No estaban —dijo de pronto Najdt, sacando a Seller de sus suposiciones.

—¿Quiénes no estaban?

—No estaban.

—¿Los Kalashnikov?

—Los Kalashnikov.

Seller quedó mirando fijamente a Najdt, quien vacilaba en levantar o no, un cinco de diamante. La transpiración le caía por la cara, como si tuviese un surtidor insertado bajo el pelo ralo y blanquecino. Nuevamente Najdt pegó un respingo. Seller no soportaba pensar que bajo la sólida tabla del escritorio, un flexible adolescente árabe pudiese estar jugueteando con las intimidades del libanés. Esta idea lo desconcertaba.

—¿Qué dijo Karl? —indagó Seller.

—Que no se los habían entregado en Bruselas.

—Bourges me lo aseguró, hace una semana, en Niza.

—Según Karl, los de la DST habían asustado a la gente de Brambila. Los camiones llegaron a horario a la cita, pero los fusiles no estaban.

Por primera vez Najdt parecía haberse olvidado de los naipes. Sus gruesos labios púrpuras se movían permanentemente. Debía haber estado masticando hojas de bistunas, pues en las comisuras permanecía el residuo resinoso y amarillento del cotiledóneo.

—¿Sabes, Seller, que debíamos entregar los Kalashnikov a Sorel el martes?

–Lo sé.

–Podemos perder la confianza de los pakistanos. Son clientes fuertes.

–Lo sé. No entiendo qué puede haber pasado.

–Nos queda la entrega programada en Marsella. Pero nadie de los nuestros se irá a meter en las narices de la DST. Tampoco pagaremos un error tuyo, Seller. Pero yo confío en que puedes conseguir el dinero para pagarla, puedes contactarte con Brambila a pesar de los del Shin Bet y puedes traer esos fusiles a Casablanca.

Seller se contrajo en su asiento. Najdt volvió su atención al pequeño mazo de cartas romboidales y el sirio comprendió que la conversación había finalizado. Había confiado en Bourges y el error debería pagarlo demasiado caro.

Cuando salió al pasillo volvió a escuchar el sonido de la música en el piso superior. Al llegar al salón central de Vadodara, aquello ya estaba lleno de gente, como casi todas las noches. Comprendió que había permanecido casi una hora con Najdt, y que tenía la fina bambula de la camisa pegada a la piel de la espalda. Caminó hasta su mesa, sorprendentemente vacía y se sentó. Dedujo que aquella no era su noche. La música en crescendo, el continuo ir y venir de la gente y el recuerdo permanente de la próxima entrega en Marsella habían logrado alterarlo demasiado. Se notaba tenso y contraído. Los músculos del cuello podían tañir como un diapasón si los articulaba. Quizá debía comunicarse con Brambila cuanto antes. Ya se ocuparía luego de conseguir el dinero.

Se levantó finalmente y bordeando el escenario se encaminó hacia una puerta lateral cubierta por una pesada cortina de felpilla somalí. Pasó entonces a un largo corredor alfombrado donde la iluminación era tenue. Llegó hasta otra puerta. Allí estaba Nazilli, el senegalés reluciente en su uniforme rojo como un gigantesco soldado de plomo. Seller

lo saludó apenas con un insinuado movimiento de cejas y Nazilli le franqueó el paso.

Cinco minutos después el sirio estaba reposando dentro de una amplia bañera con agua caliente, un tanto aturdido por el calor y el fuerte aroma a las sales aromáticas. El pequeño recinto revestido en madera se hallaba totalmente cubierto de vapor, apenas filtrado con timidez por las luces amarillas del techo. Cada tanto, a pesar de su pesado sopor, Seller escuchaba el resonar de unos zuecos de madera en el piso de mosaicos cuando el personal de servicio se acercaba a la tina para echar en ella nuevas semillas de tantún, frutos de enebro y algún corto chorro de jengibre. No supo a ciencia cierta cuánto tiempo estuvo allí, sólo advirtió en determinado momento que le salía sangre de la nariz y los oídos por la presión de las sales. Supuso que era el momento de abandonar el baño. Se reincorporó con esfuerzo y su bruñido y vigoroso cuerpo de antiguo pastor montañés, destelló como una chapa ante los reflejos de las luces. Caminó hasta las duchas y el latigazo del agua helada le hizo cimbrar la sangre por las venas. El corazón pareció detenerse un momento y luego comenzó a golpear contra las paredes del páncreas como un gorrión enjaulado. El sirio sintió como si en cada milímetro de su cuerpo le clavarán una pequeña aguja de hielo seco. Se adivinó de pronto claro y despejado, lo suficiente como para pensar en lo estúpido y salvaje de los rituales del sauna finlandés.

Aún temblando asió su salida de baño y se encaminó hasta la banqueta de masajes. Se acostó en ella castañeteando los dientes. Abrió el costado de la banqueta donde se disimulaba una cajonera retráctil que encerraba un pequeño bar con las bebidas predilectas de Seller. Optó por un brandy Martinique francés, temeroso que, de elegir el ron Borussia de cuatro estrellas, el temblor de sus manos al intentar abrirlo le diera una efervescencia peligrosa e in-

controlable. Bebió dos enérgicos tragos de brandy y un ramalazo de fuego le bajó hasta la zona inguinal. Algo como un cachiporrazo débil le pegó en la nuca. Se sintió mejor. Debería hablarle a Brambila.

Observó el tablero de la consola y apretó el segundo botón. Se echó boca abajo en la banqueta y esperó. Ahora vendría Sarah a masajearlo. Sarah era una flameante muchacha del sur de Abagin Dash, casi bella a pesar de su cabello que parecía estopa y sus tremendos labios carnosos y rosados, del color que muestran las caracolas en sus paredes internas. A Seller lo intimidaban esos labios que cuando se posaban en su carne parecían el tributo de dos moluscos, de dos espongiarios que se contraían y se dilataban, de dos orugas húmedas que lo recorrían. Nunca se había atrevido, además, a que lo succionaran pues desconocía adónde podía llegar aquello. Hubiese sido como ofrecer alguna parte de su cuerpo ante la boca de una aspiradora industrial. De todos modos, Sarah, era siempre mejor que Sheila, a quien una traidora psoriasis tronchó la carrera de masajista y ahora pedía limosna en las pestilentes poblaciones bereberes.

Podía haberla despedido pero el contacto con Sarah le sugería siempre una sensación de peligro yacente. Era como entablar relación con una mangosta, con una cobra de siete collares. Y al sirio el peligro lo fascinaba. Escuchó el ruido de zuecos y pronto sintió que dos manos se posaban sobre su espalda. Procuró relajarse. No pensar en Brambila. Aquella noche Sarah parecía tener dispuesto un nuevo sistema de masajes para Seller. Sus dedos nerviosos no pellizcaban la carne. Seller no tenía la sensación de soportar los picotazos de un gallinazo sobre sus omóplatos y tampoco los pulgares de Sarah se encarnizaban con sus cervicales. En derredor de su macizo trapecio o en las inmediaciones del esternocleidomastoideo repercutía el sordo retumbar de pequeños golpes aplicados con los nudillos. “El masa-

je tunecino”, determinó Seller con alarma. Bien conocía el sirio esos masajes. Se basan en una insólita batería de pequeños golpes, combinados con palmadas francas, que pueden acrecentarse sobre el dorsal mayor o los gemelos. Es una práctica relajante bastante brutal a la que los emires de Kandahar gustan someterse con suerte diversa. Más de una vez Seller no había soportado los impactos, que en algunos lances llegan a ser despiadados, y se había tomado a golpes de puño con las masajistas. Eso había sido, es cierto, antes de que la estadía en el campamento de Damón Sagar le diera el férreo estoicismo propio de un fedayín.

De repente los golpes cesaron y Seller tornó a apoyar la cabeza sobre sus brazos cruzados. Ahora las manos femeninas describían círculos concéntricos sobre el vasto externo y el sirio comenzó a sentir como un cosquilleo vivaz que a pesar de serle habitual nunca le había resultado tan tumultuoso. Las dos palmadas en el dorso de la pierna derecha le dijeron que debía volverse. Lo hizo cuidando de que el toallón húmedo que le cubría el bajo vientre no se cayera, con el pudor propio de un ex cuidador de cabras de los montes Marayani. Fue entonces cuando la vio. Sintió una punzada en las sienes y algo hueco se le alojó en el estómago. Se le reseco la boca en un instante y los músculos abdominales se le anudaron cual un manojo de víboras.

—¿Quién eres? —atinó preguntar.

La mujer lo miró intensamente. Bajo el torrente de pelo negro llegaba el resplandor de unos ojos verdes y transparentes, luminosos como las aguas cristalinas de una piscina iluminada desde el fondo. La nariz era recta y decidida. La boca plena y grande se adivinaba tibia y humectante. Tenía ese embrujo típico de las mujeres orientales, que han crecido custodiando olivares fragantes, que han tomado de ellos sus efluvios. Con cuerpos duros y flexibles hechos a las caminatas, a las constantes abluciones con aceites generosos de

sepia y cocos, a las danzas rítmicas y nocturnas, a cabalgar sobre caballos sefaradíes de remos finos y pelaje cebruno. Lucía apenas una túnica de tela rústica y pesada, muy corta y Seller imaginó bajo el prometedor escote, el valle umbrío entre los senos, la curva incipiente del nacimiento de los senos, y los senos. La piel de ella, de un tono aceitunado con reflejos de cobre, se abrillantaba con pequeñas gotas de transpiración que resbalaban afortunadas desde el largo cuello de ánade hacia espacios planos y aterciopelados, cavernosos y dóciles, de trémulas ondulaciones musculares y redondeces esponjosas, blancas y condescendientes.

—¿Quién eres? —reiteró Seller con una voz que se le antojó de otro, sibilante y opaca.

Podía percibir la sequía total en su garganta, una suerte de agrietarse de su paladar, y un aleteo como el de un grajo negro en la zona de la aorta abdominal.

—¿Dónde está Sarah? —requirió, dándose cuenta al instante de lo estúpido de su pregunta. Desde la primera visión de aquella fabulosa mujer, Sarah había desaparecido definitivamente y su recuerdo era la reseca piel de un gato muerto al costado del camino que lleva a Rachimpur.

Las manos de ella continuaban ahora el masaje y Seller advirtió que a pesar de estar paralizado por el impacto de aquella aparición, esas manos circundando aviesamente cerca de las erógenas regiones cubiertas por la toalla podían ser demasiado para su virilidad y sus tenaces instintos de control.

Los dedos de ella subían y bajaban por la zona interna de los muslos, se encamisaban con el sector semitendinoso, aplastaban y dilataban el recto interno, se alejaban hasta los promontorios de los gemelos, tomaban veloces y sorprendivos casi hasta el nacimiento de los aductores y amenazaban, ya sí, a perderse bajo el cobijo cómplice de la toalla.

Seller entendió que el aire le era muy escaso, le llegaba como un ínfimo regalo de los pulmones a través del pecho

que se agitaba como un animal aterrorizado. Buscaba desesperadamente saliva en todos los rincones de su boca entreabierta y el corazón, una vez más, pareció descontrolarse totalmente en la caja torácica. El toallón como la prueba de levitación de un mago de tercer orden, se había elevado sobre la zona del pubis y el sirio advirtió que desde la ingle parecía incendiarse una región boscosa. La mujer, no obstante, profesional, continuó su trabajo sin contemplaciones, macerando ese cuerpo trémulo, llevando a Seller a un grado de enajenación y exaltación que trajo al sirio por un instante la imagen agreste de los lobos desgredados y fibrosos que solían estremecerlo con sus aullidos de salvaje deseo en su más tierna infancia. Cerró los ojos y vio luces de todos colores e intensidades cuando la mujer, con ademán firme, quitó la toalla descubriendo aquel menhir transido y expectante. Seller esperó. Las manos de ella subieron por las caderas, bordearon el vientre, pero no tocaron nada que pudiera romperse. Seller creyó incluso sentir el roce de los cabellos sobre su vientre. Pero no pasó nada. Hubo un silencio, Seller abrió entonces los ojos. La mujer estaba pliegando la toalla, terminaba de cerrar el frasco de melaza de bayas y se dirigía hacia la puerta.

—¡He...! —casi graznó el sirio. No podía creerlo todavía. —¿Dónde vas? ¿Qué haces?... —un odio animal, irreflexivo le sacudió el cuerpo aún envarado. Ella ya había salido. Saltó de la banqueta con un rugido y vaciló aun entre lanzarse así a la persecución o cubrirse.

Manoteó al pasar una toalla y envolviéndose la cintura con ella corrió hacia la puerta. En el pasillo no había nadie. Las fosas nasales del sirio se dilataron como las de un cabro asustado. En el aire, en algún lugar del aire, flotaba aún el aroma a hojas de eucaliptus secos que se había desprendido del cabello de esa hembra de sueños al sacudirse cuando lo masajaba. Seller entrecerró los ojos y nuevamente su

rostro adquirió la reconcentrada expresión de un cernícalo. Ese aroma se había impreso en sus papilas pituitarias como la pezuña de un carabao sobre un disco de barro arcilloso, y para quien ha sido pastor en los montes Marayani, para quien ha tenido que saber determinar durante años, en los rastreos nocturnos tan sólo por el olor cuál es la boñiga de un alce y cuál la de un conejo gemidor moteado, atrapar en el aire un perfume femenino podía ser una tarea tan sencilla como para un tiburón azul localizar en una piscina olímpica el rastro de un zorrillo nadador.

A Seller se le erizaron los cabellos aún húmedos de la nuca, abandonó su posición estática y sin vacilar se lanzó hacia la derecha, hacia el recodo más cercano del pasillo. No vio al hombre y no supo determinar el peligro, con la torpeza de un perro en celo. Sólo percibió una forma oscura e inmensa que se le cruzó en el camino haciéndolo trastabillar y luego un puntapié, un atroz, certero y espantoso puntapié que le desbarató los testículos y lo dejó sobre el frío piso de mosaico hecho un ovillo, oprimiéndose la zona golpeada y con los ojos superando los límites de sujeción de sus órbitas. Escuchó que alguien se alejaba corriendo, pero ya el dolor intenso se le desparramaba desde la ingle ramificándose esencialmente vientre arriba, como una oleada de fósforo incandescente. Luego sintió un frío que le helaba el pecho, luego nuevamente el calor intenso, un irreprimible deseo de vomitar, y la certeza de que nunca podía haberse sentido peor en la vida. Luego se desmayó.